

ABEJA ESPAÑOLA

NUM. 319.

Martes, 27 de Julio.

5 qtos.

JUICIOS.

Es conocido entre nosotros que lo que en los juicios se llaman formalidades, trámites, ó reglas de enjuiciar, mas bien que á la inocencia, favorecen y se ponen de parte del delito. Los juicios verbales nos han hecho comprobar esta idea, que ya teníamos de la experiencia. Hemos observado en Marruecos, que en las comparecencias verbales á que estan casi reducidos los litigios, apénas se puede señalar uno, en que la decision no haya sido la que debia ser, atendida la calidad del asunto. La arbitrariedad parece que apoya su imperio sobre estas formalidades, que á pretexto de proteger la inocencia, y esclarecer bien el delito, son el verdadero código de las naciones, y el que solo rige y

gobierna los tribunales. Las leyes ceden siempre á estas fórmulas, y *un traslado, un término de prueba, alargado con qualquier pretexto, una media firma por firma entera, y muchas veces una falta de expresion de edad, en una declaracion etc., influyen mas en una sentencia, que la ley y el delito.*

Lo cierto es, que en los países donde se usan ménos formalidades, hay ménos criminales, y mas justicia; y nuestros juicios verbales, desde que estan mas en exercicio, han ahorrado pleitos y arbitrariedades. Un falso acreedor es conocido al punto en una verbal comparecencia, y es conocido las mas veces con una evidencia, que no produce nunca un proceso. Si á la sombra de las formalidades y lentitud de un proceso, el deudor malicioso no esperára siempre eludir la justicia; pocos irian á aventurar gastos y peligros á los tribunales. Por una arbitrariedad que haya en los juicios verbales, hay ciento en los

procesos en regla. Falta en aquellos el apoyo mas seguro de la arbitrariedad, que es el sistema reglamentario. No hace muchos dias que en Cádiz se declaró en un tribunal, que por falta de *fórmulas y requisitos de autos*, una deuda comprobada de maliciosa, y puesta tan en claro como la luz del medio dia, debia aun llevar al inocente acreedor (que está en la última indigencia) á sufrir las lentitudes y dispendios de un juicio ordinario, y quedarse pereciendo, para cobrar despues (si los cobra) la quarta parte ménos de los gastos, que será el todo de su crédito. Es bien seguro que en Argel no se llamaria justicia, á la que se le ha de hacer despues en la sentencia á este infeliz, entre nosotros.

¿No habrá un medio de remediar un mal de tal tamaño, que arruina así á las familias honradas; desanima al inocente para reparar los perjuicios del malvado; inspira una osadía desmedida al delincuente-

te, que siempre gana contra el miserable en estas contestaciones, y transforman al fin en legisladores á los jueces por lo que el sistema se presta para que hagan valer mas, que la la ley, su voluntad? Se sabe bien que es imposible evitar absolutamente este defecto capital, que tienen todos los tribunales que se formen de hombres, y cuyas leyes no puedan ponerse en todos los casos. Pero puesto el delito en claro, ¿que se busca despues con las formalidades? La impunidad parece legalizada con ellas, pues no hay memoria del castigo de un juez, ni se nota, por mas que hayan variado las leyes, y los tribunales, alteracion alguna en los procesos, y sus funestos resultados.

Convengamos en que hacer leyes, no es hacer nada por la sociedad, si al fin las *formalidades* las inutilizan. Los hombres nunca pueden sentir el beneficio de una ley, si los reglamentos minuciosos y los trámites consagrados por la costum-

bre y por sus abusos, hacen del juez un déspota, dexando en su mano la libertad de aplicarla. El desvalido, el ciudadano honrado, el pusilánime, todos estos son sacrificados por las *fórmulas* en los procesos, á la avaricia, el favor, al influxo de un juez ó un tribunal, que tiene siempre arbitrios contra la ley. La sociedad reclama el remedio de este sistema, que la desola, pues solo puede existir sobre la base de una rigurosa justicia; y esperamos por eso, que el Congreso que ha hecho las leyes, que la han de hacer feliz, no dexe á los hombres el poder de deshacer su obra.

PASATIEMPOS.

Por pasatiempos entienden los hombres honrados y juiciosos, aquellas diversiones inocentes que consumen la parte de tiempo que debe dedicarse al reposo, ó esparcimiento del espíritu, á fin de mantener el justo equilibrio de las fuer-

zas físicas y morales que constituye el verdadero estado de salud.

El paseo, la concurrencia á los espectáculos públicos, el bayle, los juegos de pelota, balon, ó villar, la amena conversacion, la asistencia á las sociedades que forma la amistad, la curiosidad, ó el *negocio* tambien etc. etc., son á los ojos de la razon pasatiempos inocentes y verdaderamente tales.

Ahora para ciertas gentes de alto y baxo coturno, *por mas que se empuñen*, los objetos de pasatiempo han variado absolutamente, y séase por un efecto de la *cultura* actual, ó del *refinamiento* de la razon, ó tal vez por el prurito de la novedad que tanto encanto tiene, se ve que estos *angelitos* se ocupán de cosas mas serias en sus diversiones.

Maquinar la ruina del estado; poner en convulsion á una provincia entera; provocar un suceso desagradable y de funestas consecuencias; entorpecer la marcha del gobierno con grave perjuicio de la causa públi-

ca ; agriar, exásperrar, y comprometer los ánimos hasta el punto de precipitarlo todo en la anarquía ; promover y dar pábulo á qualquier desavenencia que pueda ocurrir entre aquellas personas, cuya falta de armonía puede ser mas funesta á la patria para llevar á cabo una intriga, por lo que ella puede influir en los cálculos personales ; desmoralizar al pueblo ; acrecentar cada dia mas y mas la animosidad, el encono, y el deseo de venganza entre unos y otros ; prevalerse ya del nombre de libertad para no respetar ni aun lo mas sagrado entre los hombres, ya del de religion para llevarlo todo á sangre y fuego, etc. etc. son, decimos, los nuevos objetos de pasatiempo y diversion que el progreso de las *luces* en unos, y el aumento de ambicion en los otros ha descubierto.

Lo malo es que el pobre pueblo, y el conjunto de los hombres de bien de todas clases, sufrirá ciertamente, si el mal no se remedia, las resultas de estos pasatiempos y diversiones.

Nunca nos hemos querido permitir, ni nos permitiremos decir de que nuestra revolucion parece en ocasiones lle-

var el mismo paso que han llevado otras; pero hay hombres empeñados en provocar el sufrimiento de los que observan y meditan sobre quanto puede ser funesto á la naciente libertad que á tan duras penas hemos empezado á gustar en bosquejo.

La sociedad, es decir, los hombres que estan en estado de discernir cada cosa, no es fácil se dexen seducir por apariencias de ninguna especie, ni por el *servilismo*, ni por el *liberalismo*, ni por el falso celo religioso, ni por los años, ni por las dignidades, ni por los empleos, ni por la fama ó buen nombre que algunos disfruten, ni en fin, por el charlatanismo que tanto puede y deslumbra.

Cádiz. Imprenta Patriótica. 1813.

A cargo de D. R. Verges.